

He leído desde siempre, y he sacado un par de conclusiones al respecto. Una de ellas es que no hay un género literario mejor que otro. Una conclusión aparentemente obvia, que sin embargo muchos se empeñan en discutir. Nunca he tenido un género preferido, y me he enfrentado gustosamente a cualquier género sin demasiados prejuicios, sólo por pura apetencia o el momento en que me encontraba. A veces, elegir un género en particular respondía –aún me ocurre, con frecuencia- a querer impregnarme de algo en concreto, o a que me apetecía ampliar mi conocimiento en una línea en particular. Lo mismo me ocurre con los propios autores. Así, lo mismo que hay momentos donde sólo me apetece leer teatro, cuentos, fábulas o ensayos, atravieso instantes de fijación por un escritor en particular, hasta desgastarlo. O por un estilo.

Pero, de entre todos los tipos de textos que fueron cayendo por mis manos, quizás el más tardío de todos fue el de guion cinematográfico, del que no leí ningún título hasta mis quince años cumplidos. Desde entonces, los leo y escribo con asiduidad y devoción, casi siempre por puro placer. Sin embargo, ¿es el guion un género literario? En mi opinión, como lector y escritor, la respuesta es una rotunda afirmación.

En este tipo de asuntos, suelo creer que mi opinión es una verdad empírica absoluta, mas me veo con frecuencia rebatido y discutido. Por lo que, decepcionado, me siento obligado a justificarme en líneas como estas. Para mí, el guion merece ser reconocido como género literario, mucho más allá de su estricto aspecto formal y técnico como herramienta para rodar o dibujar algo (incluiría, naturalmente, el guion de cómic u otras disciplinas artísticas). Y lo merece porque alcanza la plenitud, calidad, madurez y rotundidad necesarias, a pesar del encorsetamiento estilístico. Además, empeñarnos en ver un guion sólo como un posible o futuro proyecto es un paso firme a la frustración. Pues la mayoría de guiones escritos nunca se filman, o lo hacen de un modo muy diferente a la primera concepción. Un guion debe ser -y para mí, desde luego, es- un producto en sí mismo, perfectamente válido y completo; una obra terminada que, además, podría dar lugar a otra obra artística como puede ser una película, un cómic, una performance, un capítulo televisivo, una serie de fotos o cualquier otra demostración artística.

De hecho, si ponemos en duda esas cualidades en un guion, podríamos hacer lo mismo con un texto teatral. Al fin y al cabo, una dramaturgia es, de igual modo, una herramienta para hacer una puesta en escena. Sin embargo, nadie pone en duda la calidad de los textos de Sófocles, Calderón, Shakespeare, Molière, Strindberg o García Lorca, y por ende la validez de sus dramaturgias como obras artísticas completas, plenas, y su reafirmación como género.

Porque, a pesar de las limitaciones a las que están sometidos los guiones, la sabiduría, elegancia, picardía y calidad del propio autor puede marcar notablemente la diferencia. Es decir, hay guiones bien escritos y guiones escritos de forma mediocre, mucho más allá de la propia calidad de lo que cuenta, de la historia. Más allá de su originalidad y de su estructura narrativa. Más allá de sus diálogos. Más allá de lo que pueda desencadenar a posteriori. Más allá del potencial que pueda tener. No digamos si, encima, nos entretenemos en comparar a guionistas realmente geniales (Billy Wilder, Rafael Azcona, Ingmar Bergman, Charles Chaplin, Charlie Kaufman, Orson Welles...), con guionistas mediocres, insulsos, aburridos o que simplemente no cuentan nada nuevo, ni lo cuentan bien.

Como escritor, hay una línea que me gusta llegar a tocar, sin llegar a traspasarla: dentro del aspecto formal de un guion, cuyas acotaciones deben indicar estrictamente qué vería el espectador, sin entrar en aspectos de carácter de personajes ni juicios de ningún tipo, y desde luego otorgando libertad al posible realizador para que elija los planos adecuados, me gusta “dar pistas” de cómo podría resolverse esa cuestión, o cómo es mejor hacerlo. El tema es delicadísimo, claro. Pero me gusta hacer ciertas trampas en este

asunto. No es lo mismo, por ejemplo, indicar “Dos hombres conversan sentados en una cafetería.”, que atrevernos a detallar “Una taza de café. Una mano acaricia la taza y la levanta. Un hombre da un sorbo mientras otro, a su lado, se enciende un cigarro. Unos ojos que miran.”. Es evidente que el escritor toma decisiones interesantes, sin restar la libertad necesaria a quien vaya a filmar esa secuencia. O, como mínimo, no se niega a atribuirse cierta participación creativa. Justo esos detalles pueden marcar la diferencia, de hecho.

Más allá de las discusiones sobre traspasar líneas formales o entrometernos en labores impropias de escritores (que no de cineastas completos), siempre he empujado y alentado a nuevos guionistas a desarrollar nuevos guiones sin miedos ni prejuicios, porque en ellos hay, o debe haber, una posible buena historia. En su plenitud. Y en ese sentido, no veo por qué un escritor no iba a preferir hacerlo en ese formato y género, en vez de en cualquier otro. ¿Por qué un escritor iba a desistir de contar una historia que le interesa, por no hacerlo en relato, novela, fábula, cuento, cantar de gesta, obra de teatro o poema? Por poner algunos ejemplos. Hacerlo como guion puede ser igual de alentador, inspirador, bonito, complaciente e interesante. No sólo para el escritor, sino de igual modo para el lector. Porque esa lectura puede ser igual de placentera e ilustrativa que cualquier otra.

Así, empujo a los que quieran contar historias que lo hagan, sencillamente. En el papel o en una pantalla no debe haber límites de ningún tipo. En alguna ocasión he tenido frente a mí jóvenes desmoralizados que estaban más preocupados por lo que no se podía hacer, que por lo que sí, en términos narrativos y artísticos. Estudiantes de cine o teatro, a quienes sus autodenominados “maestros” les insistían en coartarles, incluso caparles como posibles artistas, a menudo movidos por su propia ineficacia y mediocridad. Incluso por envidiar el talento que su alumno podía demostrar. A esos jóvenes desalentados sólo quiero darles ánimos para que sigan adelante, incluso si tienen que desoír lo que sus mediocres profesores se empeñan en decirles. Es más, deben desacreditar a esos individuos, sin contemplaciones. Porque pocas cosas hay más tristes que te desmoralicen subrayándote lo que se supone que no se puede hacer. Y a esos supuestos maestros les digo que dejen que sus alumnos se equivoquen, que se frustren errando, y que permitan que se sobrepongan y que vuelvan a probar. Que les empujen a hacerlo. Y si esos jóvenes tienen una buena historia, y no saben cómo contarla, que no dejen que se olvide con el tiempo, y quede plasmada de algún modo, y lo hagan sin miedo. Y si lo hacen, que lo hagan pensando en qué quieren contar de verdad, no en qué se supone deberían contar o qué no se debe contar por prejuicios ajenos. Un guion puede ser un muy buen lugar para hacerlo.